LA SUERTE DEL MARIDO

COMEDIA EN UN ACTO

escrita en francés por

MRS. FLERS y CAILLAVET

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

G. MARTÍNEZ SIERRA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

LA SUERTE DEL MARIDO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA SUERTE DEL MARIDO

COMEDIA EN UN ACTO

escrita en francés por

MRS. FLERS y CAILLAVET

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

G. MARTÍNEZ SIERRA

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA 11

Teléfono número 551

1907

PERSONAJES

SUSANA.

BOBY HANSON.

PABLO ARJONA.

SANTIAGO.

PEDRO.

NOTA. El actor encargado de interpretar el papel de *Boby Hanson* debe hablar con acento marcadamente inglés.

ACTO UNICO

Salón elegante en una villa, á la orilla del mar. A derecha é izquierda dos teléfonos. Al levantarse el telón, Santiago está hablando en el aparato de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

SANTIAGO y SUSANA

SANT. (En el teléfono.) Sí, sí. Se lo diré en seguida. (A Susana.) Es nuestro vecino, Boby Hanson, que nos ofrece llevarnos á pasear mañana en su yacht.

SUS. (Secamente.) No puedo ir. Pablo, también vecino nuestro, me ha invitado para mañana á dar un paseo en su coche.

SANT. (En el teléfono.) Imposible, querido Boby. Lo siento muchísimo. Hasta luego. (Se sienta y coge un periódico. Susana escribe febrilmente. Pausa larga.) Acaso hubiera sido mejor, ya que un casero ingenioso ha reunido nuestras tres villas por teléfono, telefonear á Pablo, pidiéndole que dejase la excursión para otro día... ¿No te parece? (Susana no responde.) ¿No quieres? (Susana no responde.) Está bien. (Pausa.) ¿Has acabado ya de escribir á Josefina? (Su-

671043

sana no responde.) Muchas gracias... ¿Vas á jugar al *tennis* esta tarde? (Ella no responde.) Gracias. (Vuelve á coger Santiago el periódico y se pone á leer.) Mira, una noticia. Ayer, en Biarritz, tu amiga Clarita, ha dado á luz jugando al *bridge*. Estaba tan interesada en el juego que no se enteró. ¿Qué te parece? Susana, Susana... (Ella permanece muda.) No, decididamente no soy de tu opinión. La tésis que sostienes es indudablemente muy ingeniosa; pero insisto en mi manera de pensar.

SUS. Te parece muy gracioso, ¿verdad?

SANT. No es muy gracioso; pero en fin... lo es bastante. Una broma de baños de mar.

SUS. ¡Ay, hijo mío! Las bromas no son tu especialidad.

SANT. (Levantándose y acercándose á ella.) De modo que vas á continuar la historia... Desde ayer me pones una cara... ¡qué cara!

SUS. Te suplico que no continúes. Me has ofendido, me has dado un disgusto, me has tratado con una grosería...

SANT. ¿Yo?

SUS. Sí, señor; tú. Me has dicho que había hecho muy mal en comprarme la sombrilla de encaje de Chantilly, porque no quita el sol. Y has de saber que no consiento que se me hable con semejante brutalidad.

SANT. Pero, hija mía, confiesa que la moda de las sombrillas caladas es de lo más ridícula que pueda imaginarse.

SUS. ¡Ridícula! Así es como me tratas.

SANT. A tí, no. A la moda.

SUS. ¡Ah, la moda, la moda! Te prohibo que hables mal de la moda.

SANT. Escucha. No es que me importe el gasto; pero, ¿no te parece una locura gastar cuatrocientos francos en una sombrilla que no es una sombrilla? Puesto que, lo repito, no sirve siquiera para quitarse el sol.

SUS. ¡El sol, el sol! ¿Qué tiene que ver aquí el sol? Lleva una sombrilla, no para quitarse el sol, sino porque completa el traje, porque da ocasión á movimientos graciosos.

Nunca entenderás á las mujeres. ¿De modo que cuando lleva una un abanico es para abanicarse? ¿O cuando lleva una un pañuelo es para sonarse? Eres repugnante.

SANT. ¿Yo?

SUS. Todo lo que lleva una mujer debe ser inútil, porque si no fuese inútil lo llevaría todo el mundo. Y si lo llevase todo el mundo no sería *chic*.

SANT. Está bien. Lo confieso. Ayer tarde hice mal...

SUS. ¡Ah!

SANT. Sí, hice mal en tener razón.

SUS. (Furiosa.) ¡Habráse visto!

SANT. Vamos á ver, Susana... Estamos casados hace siete años. Hemos vivido siempre en el más afectuoso desacuerdo. Hemos disputado siempre con la mayor amabilidad posible. Tus enfados no han durado nunca más de dos horas. Este lleva ya veinticuatro. Es excesivo. Vamos, hagamos las paces.

SUS. No.

SANT. Mira, te llevaré á cenar esta noche al Monte Ulía. Y para que no te pongas en ridículo saliendo en público acompañada de tu marido, iremos en automóvil, con careta. No te comprometeré.

SUS. ¿Qué significa esa ironía?

SANT. Vamos, todo está olvidado.

SUS. No, hijo mío. Ya te lo he dicho muchas veces. Soy mujer decidida. ¿Crees que basta con una palabra, con una pirueta, para hacerme olvidar tus injurias de ayer?

SANT. ¿Mis injurias?

SUS. Tú no me conoces.

SANT. ¡Ay, sí!

SUS. (Furiosa.) ¿Qué? ¿Qué dices?

SANT. Digo, digo... no digo nada. Me voy á pasar la noche á Biarritz. Si no entras en razón, me marcharé á las seis. Buenas tardes.

ESCENA II

SUSANA sola; después un CRIADO

SUS. ¡Ah! Se ha propuesto quitarme todo remordimiento... Está bien... Volvamos á leer mi carta: (Leyendo.) «Querida Josefina: te vas á alegrar mucho cuando leas esta carta. Por fin me decido á seguir tus consejos de amiga fiel y sincera. Tu prudencia ha vencido á mi futilidad. Voy á tener un amante. Me he decidido—porque ya sabes que soy mujer decidida—después de una escena absurda que me ha hecho mi marido... Aparte de esto, por aquí no ocurre nada nuevo: nuestros vecinos son agradables; á la derecha, en la villa de los Jazmines, Pablito Arjona, ya le conoces... á la izquierda, en la villa de las Glicinas, un joven americano, millonario como todo el mundo en su tierra, mister Boby Hanson, inseparable de mi marido... Hasta la vista, queridísima; estoy muy nerviosa y no puedo escribir largo. Al mismo tiempo que á tí, escribo al que ha de ayudarme a coger el fruto prohibido. Sé discreta. Esta carta es la única participación que envío, ya que la ceremonia ha de verificarse en la intimidad más estricta. Adiós, queridísima. Muchos, muchos besos.—Susana.» Esta carta me ha salido muy bien. Pasemos á la otra. (Escribe dictándose.) «Amigo mío, mi grandísimo amigo, venga usted inmediatamente. Le espero. Suya.—Susana.» Ahora el sobre. Señor Vizconde de Arjona. ¿Y el secante? Aquí esta. (Seca la carta. Llama al timbre. Entra un criado.) Lleve usted esta carta á la villa de los Jazmines. En seguida, ¿verdad?

CRIADO Señora... me parece que el señor Vizconde está en el *tennis*.

SUS. Bien: llévela usted donde esté.

CRIADO Y están ahí del Casino á cobrar el abono. (Entra Santiago.)

SUS. Bueno... diga usted que... no: voy yo. (Sale.)

ESCENA III

SANTIAGO y el CRIADO

SANT. (Al criado, en el momento en que va á salir.) Pedro, esta noche no ceno en casa. Prepáreme usted el frac.

CBIADO Sí, señor Conde

SANT. ¿Va usted al correo?

CRIADO No... Es una carta que me ha dado la señora para el señor Vizconde de Arjona. Voy á llevarla.

SANT. ¡Ah! Está bien. Vaya usted. (Sale el criado.)

ESCENA IV

SANTIAGO solo; después el CRIADO

SANT. Esa carta para Arjona no me promete nada bueno. (Se sienta delante de la mesa.) ¿Qué le habrá escrito?... Ese niñito le hace la corte de un modo escandaloso. Susana es mujer decidida. Nunca sabe á qué, pero es mujer decidida... (Abre el secante.) Acaba de escribir aquí. (Abre la caja de papel.) En este papelito de un azul demasiado pálido. Ha secado la carta con este secante nuevo (Vuelve á abrir el secante.) que conserva la huella... ¡Secante, amigo mío, valiente papel haces! ¡No tienes ni pizca de vergüenza! Tú, por lo menos sabes á qué atenerte. ¡Si pudieras revelármelo! ¿Por qué no? (Intenta leer volviendo y revolviendo el secante.) No hay modo. ¡Está al revés! Puede que con un espejo. No es muy correcto; pero... ¡bah!... estoy solo. (Coge del secreter un espejito de mano, le coloca frente al secante y lee lo que en él se refleja.) «Amigo mío, mi grandísimo amigo, venga usted inmediata-

mente...» ¡Demonio! ¡Estalló la crisis! Estamos en el instante fisiológico... Llegó el momento de emplear mi método... Hay que poner manos á la obra... (Se acerca al teléfono de la izquierda.) ¿La villa de las Glicinas?... ¿Que quién soy?... El criado, el mayordomo... Diga usted al señor Hanson que la señora Condesa desea hablarle, y que le agradecería mucho que viniese dentro de... (Aparte.) Le daremos veinte minutos á Pablito... Dentro de media hora. (Cuelga el aparato.)

ESCENA V

SANTIAGO, SUSANA, después PABLO

SUS. (Entrando.) ¿Todavía estás aquí?

SANT. Ya me voy. Hasta la noche... es decir... no sé si volveré esta noche. Espero que no te aburrirás demasiado en mi ausencia.

SUS. No te preocupes. Ya encontraré con qué distraerme.

SANT. Puede que no... Buenas tardes. (Pablo de Arjona aparece en el fondo.)

PABLO ¡Señora!

SANT. ¡Pablito!... Lo siento mucho, pero tengo que salir sin remedio. Hasta luego, querida. (La besa. Aparte.) ¡Qué ganas se le pasan de morderme! (Sale.) ¡Hasta la vista, amigo mío!

ESCENA VI

SUSANA, PABLO; después el CRIADO

SUS. ¡Conque puede que no!...

PABLO Queridísima Susana. Acabo de recibir su cartita de usted. Me ha trastornado, me ha encantado, me ha transportado...

SUS. ¿A dónde?

PABLO A los pies de usted. (Se arrodilla.) Escuche usted, Susana...

SUS. No sea usted loco. Siéntese usted... ¿Qué ha hecho usted desde ayer por la noche?

PABLO Nada... gimnasia... planchas... Escuche usted, Susana.

SUS. ¡Silencio! ¿No ha llegado nadie esta mañana?

PABLO No. ¡Ah, sí! María Oviedo.

SUS. No la conozco. ¿Es bonita?

PABLO Buena figura.

SUS. ¿Tan fea es?

PABLO ¡No, no!

SUS. ¡Ah, ya caigo! Creo que ha sido usted su amante... una temporada.

PABLO ¡Qué quiere usted! Hay que serlo por fuerza... Es una obligación... como ir á Italia.

SUS. Sí... por los recuerdos históricos que se va uno encontrando.

PABLO Eso es... ¡Escuche usted, Susana!

SUS. ¡Ay, qué pesado se pone usted! En fin... ya escucho. (Pausa.) ¿No habla usted?

PABLO ¡Es que tengo tantas, tantas cosas que decirle á usted!

SUS. ¿Tantas? ¿Cuáles?

PABLO De sobra las sabe usted. Su cartita de hace un momento me prueba que usted sabe á qué atenerse.

SUS. No sé qué es lo que tengo que saber.

PABLO Que no pienso más que en usted, que estoy loco por usted... He venido á esta playa sólo por seguirla á usted... He hecho sacrificios increíbles... He perdido las ultimas carreras de caballos; no he querido inscribir á mi Adelaida.

SUS. ¿Adelaida?

PABLO Sí; mi tortuga: no he querido inscribirla para que tome parte en el *gymkhana* organizado por la duquesa de Orellar... he dejado de correr el circuito de Auvernia... ¡Ay, cuando un hombre renuncia por una mujer al circuito de Auvernia, esa mujer ya no tiene derecho á dudar del amor de ese hombre!

SUS. Yo no digo que dude.

PABLO Entonces... ¿Qué dice usted?

SUS. Digo... digo... que no estoy segura

PABLO ¡Qué mala es usted!

SUS. Si soy mala, es que tal vez estoy á punto de ser demasiado buena.

PABLO ¡Ah! ¡Ha pronunciado usted una palabra que pagaría con la vida!

SUS. Pero...

PABLO (Besándole las manos con calor.) ¡Ah, Susana, Susana! ¿Por qué me ha atormentado usted tanto tiempo?

SUS. Para alargar el placer... para alargar la pena...

PABLO ¿De modo que me quiere usted un poco... un poquito?... ¡Qué feliz soy! Decididamente tienen razón los que dicen que una felicidad no viene nunca sola.

SUS. ¿Qué significa eso?

PABLO Es verdad, usted no sabe. Al mismo tiempo que su cartita de usted he recibido un telegrama anunciándome que Jack, mi *fox-terrier*, acaba de ganar el segundo premio en la Exposición canina. ¡Qué feliz soy! ¡Pero qué feliz! ¡Hace tanto tiempo que la quiero á usted! ¡Tres semanas! ¡Y en verano!

SUS. ¡Ay, Pablo!... ¿Pero dígame usted... si hoy no le hubiese dado á usted el derecho... la esperanza... hubiese usted seguido haciéndome la corte?

PABLO ¡Eternamente!

SUS. ¡Qué palabras tan bonitas se le ocurren á usted!

PABLO Usted es quien me las dicta... Me ha inspirado usted cosas de una poesía inaudita. Por ejemplo... antes de ayer... estaba paseando por la playa con Boby Hanson... por cierto que está casi enamorado de usted.

SUS. ¿De veras? ¿Usted cree?... Me parece que sí.

PABLO ¡Ahora ya no me importa! Bueno; estaba paseando con él por la playa. Usted estaba bañándose... en el agua... en traje de baño... en fin... se estaba usted bañando. Un bañero... el moreno... ese que no sabe nadar... daba una lección de natación á una señora

muy gruesa... que estaba en el agua... como usted... No se veía más que el cielo, el mar... y el agua. Entonces. . verdaderamente.,. delante de aquel espectáculo... encantador, me sentí... ¿por qué no decirlo? me sentí poeta, y en un rapto de entusiasmo le dije á Boby...

SUS. ¿Qué?

PABLO Le dije: «¡Esto es encantador!»

SUS. (Entusiasmada.) ¡Ay, Pablo! Usted debería escribir.

PABLO ¿A quién?

SUS. ¡A nadie! Escribir novelas.

PABLO ¡Bah! ¡Ahora las novelas son labor de señoras!

SUS. Es verdad... Y yo ahora estoy empezando una; pero no la escribo... prefiero vivirla.

PABLO ¡Ay, Susana!

SUS. ¡Ay, Pablo!

PABLO (Con calor y estupidez.) Déjeme usted decirle una palabra que se me ocurre ahora mismo, en la fiebre de la pasión, y que á mi parecer resume por completo la profundidad de este minuto...

SUS. ¡Dígala usted! ¡Dígala usted!

PABLO La digo. ¡Estoy encantado!

SUS. ¡Ay! ¡Cómo conoce usted el corazón de las mujeres! ¡Si... empiezo á creer que me quiere usted de veras!... Pero, ¿hasta qué punto llega ese cariño? Se lo advierto á usted, Pablo. Seré muy exigente. Mire usted... ahora recuerdo una hermosa historia de amor. ¿Conoce usted al duque de Medinaceli?

PABLO Sí: es de mi círculo.

SUS. No: no es el de ahora, era un duque antiguo del Renacimiento.

PABLO ¡Ya! Felipe IV.

SUS. Eso es. Estaba enamorado de la embajadora de Francia. Hubiese dado la vida por estrecharla un momento sobre su corazón. Entonces... ¿sabe usted qué inventó para conseguirlo? Dió un baile á toda la corte y la invitó; y durante la fiesta prendió fuego á su palacio, la cogió en brazos y la sacó á

la calle. ¡Eso es amor! ¿Qué dice usted de esta historia?

PABLO Digo que es sublime.

SUS. Dígame usted, Pablo. ¿Haría usted otro tanto?

PABLO (Con arrebato.) Yo no tengo palacio, no tengo corte, no conozco á ninguna embajadora; pero estoy dispuesto á incendiar cualquier cosa por una mirada de usted.

SUS. ¡Ah! Es usted verdaderamente un hombre de mundo.

PABLO ¡Sí: soy hombre de mundo! ¡Soy el hombre de mundo en todo lo que esta palabra encierra de grande, de elevado, de definitivo! ¡Sí, Susana, la haré á usted feliz!... ¡He deseado tanto este momento: no dormía, no bebía, no comía, no fumaba, no me paseaba, no coqueteaba con las mujeres... era tan desgraciado, tan desgraciado!

SUS. ¡Estoy muy conmovida, Pablo, muy conmovida; pero me preocupa el porvenir!

PABLO ¿El porvenir? Será delicioso... Nuestro amor será á un tiempo apasionado y elegante, profundo y *chic*. Todo el mundo hablará de él. Será la aventura del año.

SUS. ¡Cómo!... ¿Pero será usted discreto?

PABLO Lo seré... pero pierda usted cuidado, hablarán, hablarán de todos modos. Nuestra aventura será perfectamente aristocrática. Usted está de moda, yo estoy de moda, estamos de moda... Daremos el tono al adulterio de la temporada, y ya pueden engañar á su marido todas las elegantes... nadie se fijará en ellas...

SUS. ¡Lo que van á rabiar! ¡Sí, sí! ¡Será una delicia! ¿Y dónde nos veremos?

PABLO ¡En todas partes! En los bailes, en los teatros, en las reuniones. ¡Será una intimidad deliciosa!

SUS. Pero... también tendremos que vernos á solas... algunas veces.

PABLO Sí, algunas veces. Pero no decidamos nada, no preparemos nada... Entreguémonos al capricho, á la fantasía, á lo imprevisto...

SUS. ¡Lo imprevisto!... Sin embargo, hay una cosa que estamos obligados á preveer. ¡Si llega un día... ¡ay, Dios mío! si llega un día en que mi marido se entere...

PABLO Pierda usted cuidado. No le enviaré los padrinos.

SUS. Gracias... Pero, ¿qué sería de mí?

PABLO ¡Ah! Mi amor no vacilaría en romper por todo. La robaría á usted, la llevaría lejos, muy lejos, al extranjero, á Badalona, por ejemplo.

SUS. Ha pensado usted en todo. Es usted uno de esos hombres á quienes una mujer puede confiar su corazón. Y yo se le confío á usted.

PABLO ¿Y cuándo... cuándo me confiará usted lo demás?

SUS. (Escandalizada.) ¡Pablo!

PABLO ¿Escrúpulos aún? Eso no está bien... ¿Cómo decirle á usted mi pena, mi desesperación? ¿Cómo encontrar la palabra capaz de conmover á usted? ¡Ah, sí... eso es! Estoy fastidiado.

SUS. ¡Un poco de paciencia!

PABLO No; nada de paciencia... Se me ocurre una idea... Ya sé que su marido de usted come en Biarritz. Véngase usted á comer conmigo al Monte Ulía. ¿Me lo promete usted?

SUS. Puede.

CRIADO (Entrando.) El señor Hanson pregunta si la señora puede recibirle.

SUS. Que espere un momento. (Sale el Criado.)

PABLO ¿Hanson?

SUS. ¡No tenga usted miedo, ingrato!

PABLO Es verdad. Me marcho. ¿Quedamos en que sí?

SUS. ¿No?... ¿Sí?... Váyase usted á su casa y le enviaré dos palabritas dentro de un momento. Espere usted.

PABLO ¡Con qué ansiedad! ¿Cómo expresarle á usted mi agradecimiento sin límites, mi gratitud infinita? ¿Con qué palabra? ¡Ah! Eso es... ¡Gracias! (Sale.)

ESCENA VII

SUSANA, sola; después, el CRIADO

SUS. ¡Qué simpático es! Decididamente, me gusta mucho... No le desesperemos. (Se sienta á la mesita y escribe.) «He reflexionado largamente. Acepto la invitación para esta noche. Cenaremos juntos en el Monte Ulía. Susana.» (Llama.)

CRIADO ¿Ha llamado la señora?

SUS. Sí; que pase el señor Hanson. ¡Ah! Y dentro de un rato, cuando salga usted, lleve usted esta carta á la villa de los Jazmines.

CRIADO Sí, señora. (Susana se sienta.)

ESCENA VIII

SUSANA, BOBY; después, el CRIADO

BOBY Buenas tardes, señora.

SUS. Buenas tardes, Boby. (Le alarga la máno para que la bese, pero él se contenta con estrecharla vigorosamente.)

BOBY (Sentándose.) Usted dirá.

SUS. (Sorprendida.) ¿Qué?

BOBY Su marido de usted me ha dicho que tenía usted que hablarme.

SUS. ¿Mi marido?

BOBY Sí... hace un momento... por teléfono.

SUS. No comprendo... sin duda es una equivocación... siento mucho que se haya usted molestado inútilmente.

BOBY Yo también lo siento mucho.

SUS. No es usted muy galante que digamos.

BOBY No soy galante: soy americano; además, ¿para qué voy á ser galante con usted, puesto que la quiero?

SUS. ¡Es usted famoso!

BOBY No soy famoso. Soy americano.

SUS. ¿Me quiere usted de veras?

BOBY De sobra sabe usted que sí: se lo he dicho á usted ya diez y siete veces.

SUS. ¡Diez y siete veces!

BOBY (Sacando un cuadernito del bolsillo.) Sí, señora. Primera vez, siete de Julio, en el Casino... nueve de Julio... once de Julio, en el mar... el trece, en automóvil... el catorce, dos veces... el diecisiete, el veintitrés, el veintisiete... etc. Hoy, dieciocho veces. (Anota en el cuaderno.) Cargado en cuenta, digo. (Guarda el cuaderno en el bolsillo.) Creo que no le cabrá á usted duda.

SUS. ¡Más que nunca!

BOBY ¿Por qué?

SUS. Porque tiene usted un modo de hablar de estas cosas...

BOBY ¡Un modo! La quiero á usted y se lo digo... naturalmente. ¡La quiero á usted!

SUS. Eso es lo asombroso... Cuando se quiere á una mujer, eso es lo último que se le dice. Usted empieza por el final.

BOBY ¿Para qué perder tiempo? En los negocios el tiempo es oro. En sentimiento, el tiempo es amor.

SUS. ¿Y el *flirt* entonces?

BOBY El *flirt* es una cosa europea. En nuestro país decimos: ¡La quiero á usted! y basta. Lo demás, todas esas frases, esas cosas que á usted le gusta que le digan, son tonterías.

SUS. Me hace usted gracia por lo desahogado.

BOBY No soy desahogado, soy americano. Tengo franqueza, sinceridad... aquí le llaman ustedes á eso falta de educación. Soy un *self made man*; como ustedes dicen, eso significa: «Hombre que se ha hecho á sí mismo.» Hoy tengo cien millones, puede que doscientos; esta mañana he ganado dos... y en otro tiempo he sido pastor de ganados en el *Far West*.

SUS. (Compasiva.) ¿Y no tenía usted *smoking*?

BOBY No tenía pantalones, señora... Después, como me gustaba la música, quise aprender y me hice director de orquesta.

SUS. ¡Qué cosa tan interesante!

BOBY Después fuí maestro de baile en la Universidad. Hacía dinero... pero un día, en un gran baile, me escurrí en un perdigón, caí. Mi situación estaba perdida. Tomé el valor con las dos manos, recogí el perdigón y le dije: Grano de plomo, me has echado por tierra; tú me levantarás. Reflexioné tres días, é inventé un procedimiento para fabricar mortadela con perdigones y grasa de locomotora. Volví á hacer dinero. Pero un día se han muerto gentes, muchas, después de haber comido mi producto... estómagos débiles... no digerían ni el plomo. Proceso con las familias. Pierdo. Arruinado. Como los codos mucho... Entonces, digo... Hay que salir de aquí. Reflexiono tres días é invento un procedimiento para fabricar ternera con atún y otro para fabricar atún con ternera.

SUS. No le veo la utilidad.

BOBY ¡Sí, señora! Porque en los países donde les gusta el atún, no hay atunes, pero hay muchas terneras, y en los países donde les gusta la ternera, no hay terneras... pero hay muchos atunes. De modo que fabricando en la plaza misma, evitaba los gastos de transporte. Hice una enorme fortuna... Eso es... La quiero á usted.

SUS. Es usted fantástico.

BOBY No soy fantástico: soy americano.

SUS. ¿Y no le da á usted reparo contar unos principios tan... extraños?

BOBY ¡Qué europea es usted! En este país parece muy bien tener cien millones: en el nuestro, lo único que parece bien es ganarlos sea como sea.

SUS. ¡Sea como sea! (Escandalizada.)

BOBY Sí, señora. Nuestro gran Edison lo ha dicho: «El hombre que no es capaz de hacer fortuna con el primer objeto que encuentre á mano, es un hombre nulo; no es nada.»

SUS. Exagera usted. ¡Con el primer objeto que encuentre á mano!

BOBY Sí, señora... Digo... Mire usted: en esta ha-

bitación hay veinte cosas con las cuales se puede hacer fortuna: el papel, la tinta, la tela, el abanico, la silla, usted...

SUS. ¡Cómo yo!

BOBY Sí, señora... usted, la mujer bonita. Pero eso no es americano, es europeo. Ya llegaremos, nosotros también, cuando estemos completamente civilizados.

SUS. ¡Es increíble! Debería ofenderme horrorosamente por todas esas cosas que me dice usted, y no me ofendo. Hay en su carácter de usted algo nuevo, sabroso. Parece mentira. Pensar que yo soy amiga de un caballero que ha sido pastor de ganados... porque soy amiga de usted, muy amiga.

BOBY (Estrechándole la mano violentamente.) ¡Y yo de usted!

SUS. ¡Verdad es que desde entonces ha debido usted cambiar tanto!

BOBY No, señora. Siempre he sido el mismo. A los seis años ya era tan decidido como ahora.

SUS. Nunca he visto un hombre como usted.

BOBY Es que nunca ha visto usted un hombre de veras.

SUS. Me desconcierta usted, me sorprende, me divierte.

BOBY Usted no me divierte á mí ¡la quiero á usted! De modo que acabemos. No puedo pasar mucho tiempo haciendo el tonto.

SUS. ¡Cómo!

BOBY Esperando. Decididamente, ¿no quiere usted que la quiera? Está bien. Es lástima. Lo siento por mí. Y por usted.

SUS. ¡Ah, de veras!

BOBY Sí; porque naturalmente, cualquier día tendrá usted una aventura. Tirará usted el sombrero por encima de un molino. Conmigo hubiera usted hecho una tontería... que no hubiera sido tonta... Con otro haría usted una tontería tonta. Digo.

SUS. Ay, hijo mío, haré lo que me parezca. Puede que yo no sea una mujer superior.

BOBY No lo es usted.

SUS. Gracias; pero de todos modos, me permitirá usted que no le pida consejos.

BOBY Se los daré á usted de todas maneras. Es una lástima. ¡Una mujer como usted! Pensar en un Pablito Arjona!

SUS. ¿Qué dice usted?

BOBY Un hombre que le hace á usted el amor, no porque la quiere, sino porque el hacerle á usted la corte es *chic*. Las personas como él comen sin hambre, beben sin sed, aman sin amor. Digo; son fantoches.

SUS. Es usted muy duro.

BOBY Están enamorados de sus trajes de usted, de sus relaciones, de los artículos de periódico que hablan de usted... Usted, usted misma es de poca importancia... la quieren á usted para el escaparate.

SUS. ¿El escaparate?

BOBY Sí... la galería. Si mañana fuese usted una pobre profesora de piano, ni siquiera se pararían á mirarla.

SUS. Puede que tenga usted razón.

BOBY (Exaltándose poco á poco.) Y yo, señora, la quiero á usted por usted, sin palacio, sin título, sin traje. Aunque la hubiese encontrado á usted sola, completamente sola, desnuda, en una isla desierta, la hubiese cogido á usted en seguida... usted para mí, y la isla para mi gobierno. ¡Ah! vuelvo á decir, es una látima negar el cariño á un hombre como yo para dárselo cualquier día á uno de esos pájaros fritos, que la querrán á usted en los bailes, en los *tennis*, en las *garden parties*, en los *five ó clock-tea*, en todas esas cosas mundanas,... pero que se aburrirán en cuanto estén solos con usted. Digo; con ellos estaría usted comprometida y no sería usted amada.

SUS. (Pensativa.) Puede que casi tenga usted razón.

BOBY Ya ve usted... ese vizconde... Pablito... un hombre afortunado con las mujeres como ustedes dicen... Por eso es por lo que le gusta á usted.

SUS. Me gusta... me gusta... Le encuentro divertido y nada más.

BOBY Sí, señora, más.

SUS. Después de todo, ¿qué tiene usted que decir en contra suya? Me gustaría saberlo.

BOBY ¿De veras?

SUS. De veras.

BOBY Pues bien: ese niño está horrorosamente mal educado. No le gusta enamorar á las mujeres; le gusta contar las mujeres que ha enamorado.

SUS. ¡No puedo creer!...

BOBY Créalo usted. Yo no miento nunca: no tengo tiempo. Hace colección de mujeres, y cuando se tiene una colección... se enseña. A él le gusta enseñarla... mucho. Ayer me dijo: Pronto voy á tener muchas cosas que contarle á usted.

SUS. ¡Pero eso es horrible!

BOBY No, no es horrible; es europeo. Eso pueden ustedes hacerlo aquí porque en Europa tienen ustedes esa cosa que se llama honor. Cuando un hombre es elegante, es socio de un Círculo, es hombre de honor. Y eso le permite hacer muchas menudencias... feas: no pagar sus deudas, robarles las queridas á sus amigos, comerse el dinero de su mujer y abandonarla luego... Nosotros somos comerciantes, y ¡claro! como no tenemos honor, estamos obligados á portarnos honradamente. (Susana preocupada, y sin escucharle ha llamado al timbre, y entra el Criado.)

SUS. Pedro... ¿ha llevado usted eso?

CRIADO La carta para...

SUS. (Interrumpiendo.) Sí; la carta que le he dado á usted.

CRIADO No, señora. Todavía no.

SUS. (Tranquila.) ¡Ah! Está bien, está bien.

CAIADO Voy á llevarla en seguida

SUS. No, no. Es inútil. No la lleve usted.

CRIADO Está bien, señora. Voy á devolvérsela á al señora.

SUS. (A Boby.) Eran dos palabras, referentes á una excursión que tenía en proyecto; pero decididamente no iré. Está muy lejos. (El Criado ha cogido la bandeja donde estaba servido el café, para llevársela. En la puerta, se detiene.)

CRIADO ¡Ah! La doncella me ha dicho que diga á la señora que han traído la sombrilla de encaje. (Sale.)

SUS. ¡Ah! la sombrilla... la famosa sombrilla. ¡Y pensar que casi se me había olvidado!

BOBY ¿Qué?

SUS. Una sombrilla por la que mi marido me ha dado un disgusto terrible.

BOBY Mal hecho. Yo nunca doy disgustos. No tengo tiempo.

SUS. Pues á mi marido le sobra. Y lo que es hoy ha sido... Me había jurado á mí misma que me las pagaría.

BOBY ¿De veras?

SUS. Estoy furiosa.

BOBY ¿Qué dice usted?

SUS. Nada.

BOBY ¿En qué piensa usted?

SUS. Pienso... (Decidiéndose.) Pienso, que siento no haberle comprendido á usted... que no me haya usted dicho antes ciertas cosas. Lo que me sublevaba en usted es lo que ahora me gusta... Comprendo que es usted sincero, leal... no como los otros. Hasta me hace gracia la manera terrible que tiene usted de decir: (Le imita.) ¡La quiero á usted!

BOBY ¿De modo que lo cree usted, que está usted convencida...?

BOBY No... pero no digo que no me convenza... Hablemos de ello

BOBY ¿Para qué? En cuestiones de amor, el hablar es no decir nada. No hacen falta palabras... obras, obras.

SUS. Pues á mí me gusta que me hablen. Hay que tomarme como soy.

BOBY Eso con mucho gusto. (Quiere abrazarla.)

SUS. ¡Es usted incorrecto...!

BOBY No soy yo... es el amor.

SUS. Bueno. Supongamos que le creo á usted, pero necesito saber cómo va usted á quererme.

BOBY Como todo el mundo.

SUS. (Un poco escandalizada, pero amable.) Calle usted. Yo no soy como todo el mundo. Soy ro-

mántica. Mire usted. Ahora me acuerdo por casualidad de una historia de amor muy hermosa; la del duque de Medinaceli ¿La conoce usted?

BOBY No. Quiero conocerla.

SUS. Pues bien; el duque de Medinaceli, grande de España, estaba enamorado de una embajadora de Francia. Y para estrecharla entre sus brazos un sólo instante, la invitó á un baile, y prendió fuego á su palacio. ¿Qué piensa usted del Duque?

BOBY Pienso que estaría asegurado de incendios.

SUS. (Tristemente.) Puede que sí... ¡Me ha estropeado usted la historia.

BOBY Es una historia muy tonta.

SUS. Sí; á mí también me gusta ya mucho menos que antes. Pero... sin embargo... el amor es la locura, la embriaguez, la sinrazón... Usted mismo... vamos á ver... si me quiere usted tanto como dice, debe usted estar excitado, calenturiento...

BOBY No, señora: no tengo calentura. La quiero á usted. No estoy enfermo.

SUS. ¡No dormirá usted!...

BOBY Duermo perfectamente.

SUS. No comerá usted.

BOBY Mucho...

SUS. Entonces confieso que no le entiendo á usted.

BOBY (Con fuerza y autoridad.) Es que en el antiguo continente, señora mía, se figuran ustedes que el amor es una cosa atormentada, complicada, malsana, sutil. Y no lo es. El amor es una cosa fuerte, hermosa, robusta. Es la salud. Es la vida. ¡Es la naturaleza!... Ese es el amor que yo la tengo á usted.

SUS. (Conmovida.) ¡Cómo dice usted eso!

BOBY ¡Lo digo porque es así!

SUS. Sí... empiezo á comprender la verdad, la fuerza de lo que usted siente. Pero lo que me asombra... todavía... es su tranquilidad de usted... Si yo no le hiciese á usted caso, si me negase á oirle, ¿perdería usted esa calma? ¿Lo sentiría usted?

BOBY (Casi grave.) Tendría un gran disgusto. Sufriría mucho... una hora al día.

SUS. ¿Eh?

BOBY Sí; porque lo demás del tiempo le tengo ocupado con los negocios. Pero sólo en esa hora tendría mucha más pena honda y verdadera que un Pablito Arjona en toda su lamentable y pequeña vida... Digo.

SUS. (Conmovida.) ¡Ay! Es usted verdaderamente un hombre extraordinario, un hombre de quien puede fiarse una mujor.

BOBY Puede... sí señora. Yo no soy la aventura, soy la seguridad.

SUS. Es verdad. Lo creo. Estoy segura de ello.

BOBY ¿De veras? ¡Oh! ¡Qué alegría tan grande me da usted. ¡Ahora seré feliz, completamente feliz una hora al día!

SUS. ¡Cómo!

BOBY Sí... porque lo demás del tiempo lo tengo ocupado en mis negocios... Estoy muy contento. La quiero á usted. Y ahora es preciso que usted se dé prisa á quererme. Lo quiero.

SUS. ¿Quiere usted?...

BOBY Sí; no se preocupe usted. Yo me encargo de todo... Es preciso que esta noche cene usted conmigo.

SUS. ¿Ya?

BOBY Sí; en el Monte Ulía.

SUS. ¡Ah! ¿En el Monte Ulía? ¿Es curioso?

BOBY ¿Por qué dice usted eso?

SUS. Por nada...

BOBY Queda dicho. *¡All right!*

SUS. No, no: deje usted que lo piense.

BOBY ¿Para qué?

SUS. Porque es más... correcto.

BOBY ¡Qué europea es usted!

SUS. Sí; dentro de un ratito le enviaré á usted dos palabras. Vuelva usted á su casa y espere...

BOBY ¿Cuánto tiempo?

SUS. No sé... Un momento.

BOBY Como usted quiera.

SUS. Entre tanto pensará usted en mí.

BOBY No, señora. Haré gimnasia y tomaré el *lunch*. ¡La quiero á usted! (Sale.)

ESCENA IX

SUSANA sola; después el CRIADO

SUS. ¡Este sí que es un hombre! (Llama.)

CRIADO (Entrando.) Señora...

SUS. No me ha devuelto usted la carta que le dí para el señor vizconde.

CRIADO Dispense la señora. Aquí está.

SUS. Gracias... Espere usted. Voy á darle á usted otra para que se la lleve al señor Hanson á la villa de las Glicinas.

CRIADO Es que estoy preparando la ropa al señorito porque dice que va á cenar fuera de casa.

SUS. Está bien: luego se la daré á usted.

ESCENA X

SUSANA, sola

¡Ay, sí! Este Boby es todo un hombre. (Coge un plieguecillo de papel, moja la pluma y después se detiene.) Después de todo, ¿para qué necesito escribir otra carta? Con cambiar el sobre... Es divertido. (Abre la carta destinada á Pablo, rompe el sobre, le tira y vuelve á leer en alta voz.) «Amigo mío: He reflexionado largamente. Acepto la invitación para esta noche. Cenaremos juntos en el Monte Ulía. Susana.» Muy bien. (Coge un sobre y escribe la dirección.) Señor Hanson. (Mete la carta en el sobre. Suena el timbre del teléfono de la derecha.) ¡Ah! (Pone el sobre en el «secreter» y se acerca al teléfono.) ¿Quién? ¿Es usted, Pablito? (Con el aire más indiferente del mundo.) ¿Qué le vamos á hacer?... Sí, es verdad... quedé en enviarle á usted dos palabritas... ¿Que falto á mi palabra? ¡Si no le he prometido á usted nada!... ¿Qué? ¿Qué?... No, no quiero desesperarle á usted... ¿Qué?... ¡Imaginaciones de usted!... ¡No, señor, no! No es la visita de Boby la que me ha hecho

cambiar de modo de pensar. Está usted loco, hijo mío, ¡archiloco! .. sí que es un hombre interesante, mucho... pero de eso á pensar... Es usted un chiquillo... Sí, sí... un poco excéntrico... naturalmente... ¡Ah! ¡Que no le han querido admitir en el Círculo!... No lo sabía... ¿Qué dice usted? ¿Que nadie quiere tratarse con él? No creí... y después de todo, tampoco me importa... Sí... Sí... (Sonríe.) Está usted chiflado... Eso está bien... Es usted muy amable. (Aparte.) ¡Qué chico tan simpático! (Alto.) Ya sabe usted que me inspira usted mucha... mucha simpatía... Pero no me decido... No, no digo que sí... No, no digo que no... Espere usted... ¡Espere usted! (Corta la comunicación, vuelve al centro y coge la carta que acaba de cerrar.) ¡Ay, Señor, Señor! El caso es que no puedo ir á cenar con un hombre á quien no han querido admitir en el Círculo... ¡Es lástima! (Rompe el sobre, le tira y pone la carta sobre el «secreter». Suena el timbre del teléfono de la izquierda.) ¿Qué es eso? (Se acerca al teléfono.) ¿Qué pasa?... ¡Ah! ¿es usted, Boby?... ¿Cómo? ¿Ya se impacienta usted?... Va usted muy deprisa... Yo no le he prometido á usted nada... Ideas de usted... ¡Qué tiene que ver Pablito... ¡Está usted loco, hijo mío, completamente loco!... Sí, sí, hace un momento me ha conmovido usted... Sí, sí... me inspira usted mucha... mucha simpatía... Sí, sí; es verdad... Es usted muy amable. (Aparte.) ¡Qué hombre tan simpático! (Alto.) No digo que sí... No digo que no... Ya veremos... Espere usted un poquito... Sí señor... 'espere usted! (Corta la comunicación.) ¡Ay, Señor! ¿Qué voy á hacer? Es claro que Boby... pero Pablito... ¿qué hago? ¿qué decido? ¡Ay, qué suplicio! (Coge la carta.) Pobre carta, ¿dónde vas á ir?... Porque á alguien se la tengo que enviar... Pongamos un sobre por si acaso. (Coge un sobre.) ¿Y cuál escojo? ¡Qué se yo, pobre mujercita inocente!... ¡Si alguien pudiese aconsejarme! Generalmente los consejos se los pido á mi marido. Pero lo que es ahora...

no puedo... no, no puede ser... Y es lástima, porque tiene muy buen juicio mi marido; sí, muy buen juicio y sentido común, y es listo... No es tan inteligente como Boby, pero lo es mucho más que Pablito. No es tan elegante como Pablito, pero lo es mucho más que Boby... Tiene sus buenas cualidades indudablemente. ¿Qué decidir? ¡Ay, si supiera qué es lo que quiero, lo haría inmediatamente!...

ESCENA XI

SUSANA, luego PABLO, luego BOBY

SUS. (A Pablo, que entra como un torbellino.) ¿Cómo, usted aquí?

PABLO Sí; no podía esperar más. Vengo á buscar la respuesta de usted.

SUS. Pero...

BOBY (Que entra también como un torbellino.) Señora, vengo á buscar la carta.

PABLO Caballero...

BOBY Caballero...

SUS. Pues... (Susana, que tiene la carta en la mano, mira alternativamente á uno y á otro, y después llama al timbre.)

CRIADO (Entrando.) ¿Ha llamado la señora?

SUS. ¿Quiere usted decir al señorito que el señor vizconde y el señor Hanson le esperan aquí?

BOBY ¿Eh?

PABLO ¿Eh?

SUS. Sí... Dispénsenme ustedes: tengo que ir á vestirme. Mi marido se alegrará mucho de verles á ustedes, y hasta me atrevo á pedirles que tengan la bondad de entregarle esta carta, en la que escribo su nombre. (Escribe.) ¡Hasta la vista, y gracias á los dos!

ESCENA XII

PABLO, BOBY y después SANTIAGO

PABLO Caballero, no entiendo ni una palabra de lo que pasa aquí.

BOBY Pues bien claro está.

PABLO Pues no lo comprendo.

BOBY Porque no es usted muy inteligente.

PABLO ¿Qué ha dicho usted?

BOBY Lo ha oído usted de sobra. Que no es usted muy inteligente.

PABLO Me parece que lo soy más que usted.

BOBY Eso es lo que prueba que no lo es usted ni poco ni mucho.

PABLO Es usted un grosero.

BOBY Tenga usted cuidado... no le boxee á usted las narices.

PABLO ¡Caballero!

BOBY ¡Caballero!

SANT. (Que ha entrado hace un momento.) ¡Ajajá! ¡Pensar que si les dejase á ustedes, se romperían ustedes la crisma! Pero mi método no va tan allá.

PABLO Le estaba diciendo á este caballero lo que tenía que decirle.

BOBY Y yo le estaba contestando á este niño lo que le tengo que contestar.

SANT. Siéntense ustedes, háganme el favor. (Los dos vacilan.) Háganme el favor. (Se sientan.) Señores, aquí hay alguien que debe dar disculpas.

BOBY ¿Eh?

PABLO ¿Qué?

SANT. (Sonriendo.) Y ese soy yo, y les suplico á ustedes que las acepten.

PABLO No entiendo...

BOBY Yo sí... (Mostrándole la carta que ha quedado sobre la mesa.) Ahí hay una carta para usted. (A Pablo.) Désela usted, que no hace nada. (Pablo la da á regañadientes.)

SANT. Gracias. (La abre y la lee.) ¡Diablo! ¡Más vale así!

PABLO ¿Nos quiere explicar?...

SANT. Sí, les explicaré á ustedes. Y así algo habrán ustedes ido ganando en esta aventura.

PABLO ¿El qué?

BOBY ¡Déjele usted hablar!

SANT. El papel de marido, saben ustedes, es un papel muy difícil y muy ingrato. Casi todo el mundo le representa mal. Yo no le represento mal del todo. He descubierto lo siguiente: un marido no puede nada contra un pretendiente, pero un segundo pretendiente puede mucho contra el primero... ¿Tiene una mujer un *flirt* peligroso? El deber de su marido es proporcionarle otro. Así, los dos rivales se combaten y se neutralizan. (A Boby.) A usted, que es un hombre de ciencia, le diré que es la eterna ley del equilibrio. (A Pablo.) A usted, que es un elegante, le diré... no le diré á usted nada. Ya ven ustedes, es la única ventaja que tenemos... la suerte del marido. Y ahora les doy á ustedes gracias de todo corazón; á usted, Pablo, por haberme librado del peligro Boby; á usted, Boby, por haber apartado el peligro Pablo... Mucho me alegraría, para demostrar á ustedes mi agradecimiento, invitarles á cenar esta noche; pero, precisamente encuentro esta cartita inesperada de mi mujer: quiere que la lleve al Monte Ulía. Vamos, díganme ustedes que no me guardan rencor.

PABLO (Muy seco.) Tranquilícese usted. Pero antes de separarnos quiero pronunciar una palabra que les demuestre á ustedes que no soy ni un imbécil ni un primo... Esta palabra es la siguiente: ¡me marcho! (Sale.)

ESCENA XIII

SANTIAGO, BOBY, después SUSANA

BOBY ¡Pobre pequeña cosa!

SANT. Todo está bien; pero es preciso que mi mujer no se figure nada. Estoy...

BOBY Está usted fastidiado..

SANT. Casi, casi. ¿Qué haría usted en mi lugar?

BOBY Haría lo siguiente: llamaría á mi mujer y le diría: mujercita mía, no tienes más corazón que una pequeña piedra preciosa; no tienes más seso que una pequeña cotorra color de rosa. No eres nada; eres un pequeño vestido que pasa. Mujercita, pídeme perdón.

SANT. Pues yo hago lo siguienie: llamo á mi mujer. (Se acerca á la puerta.) ¡Susana, Susana!

SUS. (Entrando) Aquí estoy.

SANT. Y le digo: querida mía, te pido perdón.

BOBY ¡Oh!

SUS. Pero...

SANT. Te pido perdón porque has sido mala, porque has sido coqueta, porque has querido hacerme sufrir. Por todo eso, te pido perdón.

SUS. Y yo soy blanda de corazón y te perdono.

SANT. ¡Susana! (Le besa la mano.)

BOBY Chiflados están.

SUS. ¡Santiago! (A Boby.) ¿Permite usted?

BOBY ¡Qué remedio!

SUS. (A su marido.) Eres un hombre encantador. ¡Te quiero con toda mi alma, y no te engañaré nunca... nunca... nunca...!

SANT. (A Boby.) Ya estoy tranquilo. . para ocho días. ¿Qué le parece á usted mi método?

BOBY Me parece... Me parece que si ustedes los latinos aplicasen á los negocios la inteligencia, el ingenio y la astucia que ponen ustedes en las cosas de amor, serían invencibles... Eso es... Tanto valemos unos como otros. Pero nosotros, en nuestros campos,

plantamos cañas de azúcar, ustedes no cultivan más que rosas...

SUS. Con lo cual salimos ganando el perfume.

BOBY Pero pierden ustedes la renta.

SANT. Y en eso consiste la superioridad de los anglosajones.

BOBY ¿Qué hora es? (Mira el reloj.) Las cuatro. Hasta la vista. En vez de ir al Monte Ulía tomaré una ducha y telegrafiaré á New-York para mis negocios.

SUS. Y nosotros, en vez de ir al Monte Ulía, cenaremos los dos en casita y después...

SANT. ¿Y después?...

BOBY ¡Ah! Me marcho á la inglesa. (Sale por el foro.)

SANT. Y nosotros... (Coge á Susana por la cintura y se la lleva hacia la izquierda.) ¡á la española!

TELON

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

TEATRO DE ENSUEÑO.—*Por el sendero florido. Pastoral. Saltimbanquis. Cuento de labios en flor.* (Traducido al alemán por Olga Lichtenstein.)

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos, escrita en colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

TRADUCCIONES

EL ENFERMO CRÓNICO.—Comedia en un acto de Santiago Rusiñol. (Teatro Lara.)

LA FEA.—Drama en tres actos de Santiago Rusiñol. (Compañía de Carmen Cobeña.)

BUENA GENTE.—Comedia en cuatro actos de Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

EL BUEN POLICÍA.—Comedia en dos actos de Santiago Rusiñol. (Compañía Balaguer-Larra.)

LA MADRE.—Drama en cuatro actos de Santiago Rusiñol. (Compañía Borrás-Cobeña.)

LA MENTIRA PIADOSA.—Comedia en tres actos de Croisset y Tarride. (Teatro de la Comedia.)

LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos de Brieux. (Teatro de la Comedia)

EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto de Courteline. (Teatro de la Comedia.)

TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos de Tristan Bernard. (Teatro de la Comedia)

LA SUERTE DEL MARIDO. - Comedia en un acto de Caillavet y Flers.

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les facilite.